

Formar lectores ¿responsabilidad de los editores?

Daniel Goldin para Graciela Montes. Conferencia pronunciada en el transcurso de un congreso en Bogotá en 1998

Daniel Goldin*

Los editores somos un gremio quejoso. Vivimos en un presente continuo signado por la palabra crisis. Por esto creemos recordar un pasado –si no áureo– al menos más grato, e imaginamos un futuro incierto y peligroso. Todo deriva, decimos, de la singular condición de nuestra labor: a caballo entre la industria y la cultura, producimos libros que son, simultáneamente, bienes públicos y privados, bienes de consumo y de capital.

Nuestro espíritu es perspicaz para encontrar enemigos. Por eso oteamos el horizonte y saludamos cada avance tecnológico como quien saluda al verdugo que tal vez dará punto final a una larga agonía.

Hace sólo veinte años se requerían toneladas de plomo y sobre todo mucho trabajo y tiempo para pasar de un manuscrito a un libro impreso. Hoy, esta transformación puede ser cuestión de minutos. Pero los editores nos sentimos preocupados. Y en nuestra ofuscación defendemos con mayor tesón al libro que a la cultura que los propicia. Lo que prueba que comprendemos muy parcialmente la trascendencia de nuestro oficio. Lo que también hace muy útil recordar la historia, no la del libro, sino la de la cultura escrita, que es la realmente importante.

¿Cuántas páginas se han escrito sobre la desaparición de los lectores, los efectos nocivos en la televisión en nuestra industria, el desplazamiento del libro por el CD-ROM o el Internet? Sin duda hemos gastado más tinta en imaginar el futuro que en comprender los complejos mecanismos que dan pie a una conducta lectora.

Emilia Ferreiro ha mostrado con singular claridad cómo eso que llamamos lectura y escritura constituye un abanico de prácticas que tienen historia. Ha hecho un recorrido por ella y ha mostrado cómo la tecnología y las prácticas tienen una dialéctica compleja que no resiste las lecturas simplistas.

La cultura escrita es un campo en el que los actores se modifican con las prácticas y las prácticas

adquieren nuevos sentidos cuando son realizadas por otros actores. Esa dinámica tiene implicaciones profundas en los ámbitos políticos, económicos e incluso religiosos, no sólo en los culturales. El paso del *codex* a volumen, por retomar lo señalado por Emilia Ferreiro, liberó la mano del lector para hacer anotaciones. Y así se instauró una nueva modalidad para la construcción del espacio social.

De todo esto han hablado con lucidez los estudiosos que nutren el pensamiento de Emilia Ferreiro y los que ella enriquece. Sus aportes nos son muy sugerentes para entender el presente. Pero me parece de extrema importancia recordar también que esas prácticas se superponen y conviven. Que los procesos son largos y complejos. Que, en resumen, el pasado, el presente y el futuro son menos uniformes que lo que cualquier lectura teleológica los hace parecer. Conviene recordar esa diversidad porque plantea el oficio de editor como lo que realmente es: una labor en un campo de elecciones y disyuntivas, de retos y opciones.

Asumiendo esta multiplicidad formula la pregunta que me hice cuando acepté la invitación para hablar ante ustedes ¿Qué tenemos que ver los editores con la lectura? Las repuestas son menos obvias de lo que me parecieron en aquel momento.

No desconozco las campañas que impulsan editores y cámaras. Pero sé que en muchos casos son estrategias para colocar los productos (por hablar en lenguaje aeroportuario de *yupi*). Es más, reconozco que muchas veces apostar por la formación de lectores es, al menos a corto plazo, reducir la venta de ejemplares.

Por esto me pregunto ¿es finalmente responsabilidad del editor la formación de lectores? ¿no debería ser la escuela, la familia o el Estado quienes se ocuparan de ello? ¿no deberíamos los editores concentrarnos sólo en ofrecer material para leer? No seríamos los únicos en definir nuestro oficio desde un

solo lado. También los maestros suelen definir su labor como la de enseñar y no como la de que los alumnos aprendan.

¿Cuáles son los límites de la profesión de editor? ¿Contratar una obra, editarla, sacarla al mercado y promoverla, o debemos trabajar también en las condiciones de recepción? La industria editorial no es un todo homogéneo, sino una suma de sectores y actores que constantemente redefinen nuestro oficio. Pero sólo algunos hemos asumido como nuestra tarea formar un público de lectores. Me parece que los esfuerzos más fructíferos han provenido de editores que lo hacen por algo más que por asegurar la existencia de su mercado.

Emilia Ferreiro nos recuerda que la evolución tecnológica en la industria cultural genera un nuevo tipo de recepción. Vemos y escuchamos de una manera diferente hoy que hace unos años. Pero no sólo transforma nuestra recepción. El hombre tecnologizado se acerca de una manera diferente a su quehacer humano. Tal vez por eso suele pensar que si le dan una palanca puede mover el mundo.

El lector del siglo XXI ciertamente deberá aprender a navegar en espacios para responder a sus preguntas. Pero sin duda para que este ejercicio tenga sentido, para que tenga preguntas valiosas, deberá ser capaz de leer su entorno, como lo han hecho sus ancestros desde hace miles de años.

Ahora que está tan de moda hablar del desplazamiento del libro por los nuevos medios, destaco un indicio en el que los agoreros reparan poco. Que gracias a las nuevas tecnologías un significativo número de no-lectores de antaño hoy ejercitan cotidianamente la lectura y escritura.

Hay quien explica esto por la supuesta facilidad que dan los nuevos medios. Sin embargo trabajar en una página electrónica supone mayores conocimientos que leer una página impresa. Me ha parecido más acertado suponer que a una vasta cantidad de alfabetizados, la página electrónica los hace sentir inteligentes y creativos. Al formular preguntas y encontrar respuestas en ella muchos por primera vez comprendieron vivencialmente que la lectura les da un nuevo poder para habitar en el mundo.

Ese poder nunca lo percibieron al frecuentar la página impresa. Entre otras razones porque la enseñanza tradicional separa radicalmente lectura y escritura. Recordemos que incluso los nuevos promotores de lectura hablan generalmente de formación de lectores, no de usuarios de la cultura escrita. Aunque suene más feo, son conceptos y posturas distintas.

Y es que en la mayor parte de los casos, digámoslo claramente, eso que llamamos aprendizaje lector se reduce a adivinar lo que el maestro quiera que se diga. Por eso entre otras cosas los estudiantes, al salir

del sistema escolar (primario o universitario), identifican a los libros con peldaños para alcanzar un diploma, no con herramientas de uso cotidiano.

Emilia Ferreiro ha abierto un abanico de prácticas de eso que llamamos lectura y escritura. Son prácticas, es decir acciones que se realizan en el tiempo. El lector, como el escritor, sólo se construye leyendo o escribiendo. Es una obviedad, lo sé. Pero porque se olvida esta obviedad, muchos proyectos de formación de lectores en la región se reducen en realidad a consignas y carteles, a circo, maroma y teatro en aulas y bibliotecas, y nunca se transforman en experiencias reales de lectura.

Solitarias o acompañadas, en silencio o voz alta, estas experiencias siempre son un trabajo que se desarrolla en el tiempo. Ese es uno de los límites que no logrará vencer el desarrollo tecnológico.

Y tampoco nuestra industria.

En las últimas décadas la producción editorial ha crecido a un ritmo mucho más vertiginoso que el público, aunque haya nuevos compradores de libros. Paradójicamente por esto la industria necesita crecer a un ritmo aún más rápido. El ritmo que exigen los precarios tiempos de exhibición. Todo se ha vuelto tan caducable que casi hay que pagar para que recojan los saldos intonsos.

Pero la oposición al vértigo, la velocidad o la sobreabundancia no se puede dar desde la nostalgia o el lamento, sino desde la creación de experiencias auténticas.

Desde hace décadas parece que los editores jugamos a la papa caliente. Solucionamos un problema de sobreinventario pasando de nuestro almacén a otro, de un continente a otro. Y es que cualquier recinto que guarde libros, así sea una biblioteca, es sólo un almacén si no propicia lecturas.

El libro que se produjo, promovió y distribuyó con la mayor rapidez, choca contra la ardua, morosa e invencible lentitud del lector. Añado, contra la deliciosa lentitud de la lectura, pues, como la música, por más que evolucione la técnica, siempre será necesario tiempo, fugaz tiempo para disfrutarla. Ese tiempo como límite infranqueable, como espacio de un esfuerzo, no se adquiere al apretar un botón, es tiempo del ser. Y se cultiva en lentos procesos y a largo plazo. Es una siembra que requiere paciencia y perseverancia. En 1790, el consejo de Suecia declaró que no había más analfabetos. No es extraño que hoy los países nórdicos tengan no sólo las mejores bibliotecas del mundo, sino que éstas sean, además de centros de lectura, espacios de reunión de jóvenes, ancianos y niños: la palabra escrita acoge a la oral, le da un recinto para compartir.

Además del tiempo hay otro límite que no puede vencer el desarrollo tecnológico. Es la libertad del

lector. Libertad para escoger lo que lee. Para hacer su propia lectura. O, en último caso, para no leer. No hay mercadotecnia o persuasión publicitaria que la venza. Leer, ha escrito Pennac, es un verbo que como amar, no se conjuga en imperativo.

Y así como la laboriosa lentitud de la lectura obliga a pensar las cosas a largo plazo, la libertad obliga a una relación de atento respeto con el público. No ciertamente para publicar lo que él demande, sino para generar la confianza para crecer juntos. Recordemos que en todo lo que tiene que ver con la cultura escrita las relaciones no son unívocas, el autor crea al lector y éste en cada lectura recrea al autor. El editor media entre ambos y se va formando con ellos. La lectura es todo menos pasividad pura. Y la mejor creación editorial se hace en una relación compleja entre la escucha y la oferta.

Por la libertad que propicia e incentiva la lectura, el editor que forma un lector para su catálogo está posibilitando un cliente para sus competidores, alguien que se despedirá de él, en el mejor de los casos, para regresar. Eso es algo que también hay que tomar en cuenta. Hace unos días el dueño de la segunda cadena televisiva de México reconocía que en mi país sólo dos empresas se reparten el mercado. Y después declaraba que sólo habría una situación mejor, el monopolio. No creo que ningún editor que se precie de serlo pueda pensar algo semejante.

El reto del editor hoy no es tanto la vertiginosa evolución de la tecnología, que abre al menos tantas posibilidades al gremio como las que cierra. Estoy seguro que sabremos montar en ese potro.

El reto es continuar realizando nuestro oficio en confrontación con esos dos límites antropológicos de los que hablé. El tiempo y la libertad que se requie-

ren para construir un lector, para construirse como lector.

En cada uno de los eslabones de la cadena del manuscrito al lector —desde la concepción del proyecto hasta la promoción y distribución del libro, con cada uno de los participantes en el proceso, desde el autor hasta el librero o el lector— el editor

ejerce su oficio. Si lo hace tomando en consideración estos límites y viendo las cosas desde ese otro lado, casi con certeza formará lectores. Aunque no patrocine campañas en pro de la lectura.

No veo una mejor brújula para formar lectores que recordar algo obvio, algo esencial, que la lectura tiene sentido porque nos ayuda a construir sentido y que esto hace más comprensible y habitable el mundo.

Entre los muchos aportes que nos ha dado la sociología en sus investigaciones sobre conducta lectora, ha demostrado que los lectores se forman no sólo en los hogares donde hay libros y personas que leen, sino en hogares en los que, además de haber libros, se habla y se conversa, de libros y de otras cosas. Hogares en donde se generan lecturas de la realidad y se vive el placer de compartirlas.

Lograr eso no es fácil. Pero ayudar a hacerlo le da un sentido más profundo y grato a nuestra profesión. Finalmente, ya lo dije antes, debemos apostar, más que por defender el libro, por hacer crecer la cultura escrita por una cultura donde la palabra permita el desarrollo de la diversidad, por una cultura donde cada vez un mayor número de personas realicen acciones significativas a través de la palabra escrita. En la que haya pasos fluidos de lo oral a lo escrito y de lo escrito a lo oral, de las diferencias a las semejanzas y viceversa.

Formar lectores es difícil, se dice con frecuencia. Creo fervientemente que es falso ese aserto con el que medran muchos especialistas. Como lo ha sugerido en diferentes textos Emilia Ferreiro y otros autores, en nuestro entorno cultural leer es más natural que no hacerlo. En cada niño que nace en nuestro medio hay, *de facto*, un buen lector que la sociedad se encarga de pervertir, *roussonianamente* hablando.

Debemos encontrar la manera de dejarlo crecer, en una dialéctica entre el hacer y el dejar de hacer, entre el hacer y el dejarlo ser.

No son necesarios tanto los buenos libros (que finalmente es difícil señalar cuáles son) si no la variedad de ellos.

No es tanto la generación de estrategias mágicas para animar a la lectura, sino la creación de espacios para el acceso, propicios para experiencias reales de lectura.

No es tanto la formación de nuestros clientes, como la creación de espacios para con ellos.

Es ciertamente mucho más que introducir nuevo ruido al mundo. Es tratar de que cada palabra publicada busque el silencio de un lector y que el silencio genere deseos de compartir a través de la palabra. ☑

*Editor de Literatura Infantil y Juvenil del Fondo de Cultura Económica (México)

